

---

---

# Desestabilización

Jorge Fernández Menéndez,  
*Desestabilización*, México, Ed.  
Rayuela, 1995.

## Edit Antal Fodroczy

No hay cambio sin inestabilidad, dicen los historiadores con toda razón. Pero tampoco hay transición —la forma de cambio que tiene lugar en México igual que lo tuvo hace tiempo en España, en los países de Europa del Este o Rusia— sin puntos firmes que aseguren la continuidad y administren la ruptura. Mantener un equilibrio entre los elementos que continúan y los que cambian, es la clave de la transición.

El autor dice en la introducción de su libro, citando a un catalán, que mantener la estabilidad en la transición requiere la combinación de tres elementos: una presión social que impida la continuidad lineal del sistema anterior; un entendimiento entre los reformistas del sistema y la oposición que logre aislar a los partidarios del continuismo; un elemento o conjunto de elementos que aseguren la estabilidad del proceso de cambio.

La desestabilización en este contexto viene siendo el conjunto de fenómenos que obstaculizan el cambio; consciente o

inconscientemente mira hacia atrás, impulsada por el temor de perder sus privilegios del presente; y estas fuerzas, más o menos organizadas, pueden inculcar la idea en la sociedad que el cambio es tan arriesgado e incierto que más vale, por una suerte de nostalgia, recurrir al pasado. A través de esta lógica la desestabilización puede llegar a lograr su objetivo último: restaurar el sistema.

Respecto a la presión social, Jorge Fernández opina que a pesar de que ésta indudablemente exista en México, al mismo tiempo la sociedad misma está siendo impulsada por movimientos desestabilizadores con el fin de regresar al pasado.

El segundo elemento, una especie de pacto en torno a la transición por encima de las diferencias e intereses coyunturales de los partidos, es uno de los puntos menos comprendidos por los actores del proceso de transición en México. Una de las bases de esta alianza, en España, ha sido el rechazo de la violencia. En ausencia de este elemento es probable que surja una lucha abierta por el poder a secas.

El tercero, el de las garantías de la estabilidad durante la transición, en México se debieran asegurar las instituciones. Este papel en España, por ejemplo, lo jugaba principalmente el rey, pero también la Iglesia y el Ejército. En México son cuatro las instituciones que pueden desempeñar dicho rol: la

---

Presidencia, el Congreso, la justicia y el Ejército. Según el autor, no por casualidad son las mismas que han sido los principales blancos de constantes ataques presumiblemente impulsados por intereses de desestabilizadores.

En contraste con España, el caso de Rusia hasta, al menos, 1994 puede ser el ejemplo de una transición que parece estar perdida entre los permanentes movimientos desestabilizadores. A pesar de que en Rusia oficialmente todo se explica con la milagrosa palabra de *la transición*, cada vez menos se oye pronunciar la palabra democracia. Al parecer y desafortunadamente, los rusos ya han logrado identificar lo que representa para ellos la democracia: el caos, la pérdida de valores morales, la inestabilidad, el malestar, la criminalidad y la corrupción. Este peligro, el de aferrarse al viejo sistema, también existe en México, afirma Fernández. No sería afortunado que la mayoría de los mexicanos regresará al pasado para buscar puntos firmes y orientar el futuro del país.

En el escenario político ruso, desde 1991 diferentes grupos luchaban encarnizadamente por el poder. Resultaba, sin embargo, difícil identificar cuál de estos grupos, de uno y de otro lado de la barricada, sería el progresista y cuál el conservador. La sociedad rusa, cansada de las luchas endémicas, se sintió cada vez más decepcionada. Ya todo el mundo

olvidó las reformas y la urgente necesidad de cambio. La política se llenó de aventureros que tenían, o mejor dicho creaban, suficientes intereses para rechazar los cambios, e incluso se beneficiaban directamente del caos. Para justificar su postura, además elaboraban ideologías atractivas para las masas asustadas y maltratadas por la grave crisis económica, con el fin de conseguir su apoyo a la hora de las urnas.

El ambiente de pasiva expectación que reinaba en la sociedad apática y apolítica, contrastaba con las fuerzas victoriosas que abogaban por la consolidación del poder central y por el honor perdido del Estado. Con atmósfera social de este tipo, en realidad, sólo se estaban creando las condiciones favorables a los métodos autoritarios para ejercer el poder, una situación en la que la sociedad misma también reclamara cada vez más el restablecimiento del orden y de la seguridad.

Sobre los ataques, impulsos, intentos y coincidencias desestabilizadoras versan los capítulos del libro que, como el autor mismo advierte, constituye un fenómeno sin demasiado orden y sistematización, pero con algunos vínculos importantes entre los hechos de la naturaleza misma de los fenómenos de este tipo. De manera que siempre queda una gran inquietud: los hechos son coincidencias, productos del azar; por ejemplo,

los vínculos existentes entre el narcotráfico, la Iglesia, el ejército y las organizaciones en Chiapas, o son conspiraciones de fuerzas ocultas. *Obras de la mafia*, dirían los rusos. Palabras que están haciendo una gran carrera en la Rusia pos-soviética. Allí donde en una época cien pueblos vivieron en supuesta concordancia y fraternidad, ahora surgieron cien mafias. Los *pueblos* de repente desaparecieron del lenguaje y su lugar se ve ocupado por tres grandes *mafias*: la rusa, la chechena y la asiática. Éstas se dividen en menores, y aquéllas a su vez en más pequeñas, de manera que todo el país aparece como una gigantesca y complicada red de mafiosos.

En Rusia hay una obsesión por la visión del mundo concebida como una inmensa y única estructura mafiosa. ¿Quién intenta separarse de Georgia? La mafia abjaza. ¿Quién ataca a los armenios? La mafia azerbaiyana. etcétera. Esta visión tiene dos fuentes: la teoría de la historia vista como un gran complot, que fue predicada durante décadas por el estalinismo que sostiene que detrás de todo lo malo que ocurre se esconden organizaciones secretas; y la tradición, la práctica y el clima de misterio generalizado que han caracterizado siempre la vida política de la URSS. ¿Quién estuvo en el poder? La mafia de Gorbachov. ¿Quién gobernará a Rusia el próximo año? Alguna otra mafia —conversan hoy los rusos. Habrá que pensar en el caso de

México, qué tanto existen tradiciones, usos y costumbres en la vida y la cultura política que puedan prestarse, igual que las rusas, a las prácticas políticas confusas. ¿Por qué usa pasamontañas Marcos, y *en algún lugar de la selva*, si al mismo tiempo concede entrevistas al CNN y a muchos otros reporteros?, me preguntan mis amigos europeos, que al no conocer México no son capaces de ubicar semejante misterio. Y por qué nadie sabía de un fenómeno tan anunciado como la guerrilla de Ocosingo, pregunta el autor del libro.

Por otro lado, aparte de la obsesión por las premeditadas y bien organizadas conspiraciones, existe la romántica tendencia de mitificar, de crear mitos. Tanto los rusos como los mexicanos son adictos a la mitología. Esta necesidad y habilidad de fabricar los mitos es sin duda un elemento cultural atractivo y una capacidad admirable y, por tanto, importante para la historia y la literatura de un país, pero los mitos son enemigos de la verdad, del periodismo de buen nivel que pretende informar y generar análisis en torno a los hechos.

El libro *Desestabilización* a mi juicio escapa de las tentaciones desviacionistas mencionadas, tanto de la teoría de conspiración a ultranza como de la mitología romántica, que tanto atrae no solamente a una buena parte de ciudadanos, sino también, y muy lamentablemente, a la mayoría de los periodistas. Esta tarea habrá

---

que dejarla a la literatura y a la ficción, los escritores son los auténticos propietarios de este terreno, los periodistas deben trabajar otro campo, la información, los hechos y la investigación.

En los países como los nuestros, México, Rusia y los de Europa del Este, no tenemos que tener miedo a que por falta de inclinaciones hacia la fantasía pura nos quedemos en la tierra seca y aburrida, en el realismo puro. Pues estamos viviendo en un país que está preso de una especie de falso realismo. Las cosas siempre son y no lo son al mismo tiempo. Parece que sí, pero no. La ambigüedad constante. Por tanto, aquí siempre

habrá sorpresas, como en Rusia: "Nuestro pasado es imprevisible", decían los rusos en la era de Gorbachov, cuando los periódicos empezaban a revelar, en lugar de ideologías, información y a nombrar las cosas, por primera vez, por su nombre. Algo así nos pasa al destapar algunos hechos de los años de Salinas, por lo pronto. "Los periódicos ahora son infinitamente más interesantes que la vida misma", comentaban frecuentemente los lectores en Moscú. ¿Cuántas veces tenemos esta sensación en los últimos tiempos? Jorge Fernández sin duda colabora a que, en ocasiones, los periódicos sean más interesantes que la vida misma.